

ratura en boga, Maupassant, Ibsen, Strindberg, Ola Hansson, Gerhard Hauptmann, y sus imitadores liberales y socialistas, producen héroes y heroínas tales, que se necesita tener fuertes nervios solo para pensar en ellos: infanticidios, parricidios, disolutos que paran en idiotas y enfermos de la médula espinal. En un solo número del periódico *Gesellschaft* publicado bajo la dirección de Conrad, se puede encontrar tantos suicidios, y cometidos en circunstancias tan horribles, que es para perder el apetito durante semanas enteras.

Además, un signo demostrativo de que nuestra civilización está lejos de ser sana, es ese acariciamiento de la muerte, á propósito del cual dijo Lenau, en nombre de nuestro tiempo: «Tu misterioso rayo de esperanza me atrajo siempre hacia los cadáveres, engañándome miserablemente». (1)

Pero nuestros poetas y nuestros corifeos conocen el espíritu del tiempo y de nuestra civilización, y viven de la llamada opinión pública. Si deseamos conocer á fondo cómo piensa y siente nuestra generación, en ellos hay que estudiarlo, pues, al fin, para el público escriben.

Realmente, la vida pública y social responde exactamente á las descripciones que de ella nos hacen los escritores; pero también la vida de familia y las relaciones domésticas van por los mismos carriles. Puschkin, uno de los que mejor describen la época, dice con mucha verdad acerca de los sueños, de las lecturas, de las conversaciones de nuestras jóvenes instruídas: «Su ídolo es la mayor parte de las veces un vampiro, que parece ser un conde extranjero; un vagabundo, un bandido, el judío errante, un corsario». (2)

Entonces no hay que llevar á mal que los jóvenes reclamen un encanto aun más grosero para sus placeres y sus pasatiempos. Los mismos goces puramente estéticos tomaron en estas circunstancias el carácter más excitante;

(1) Lenau, *Faust* (Barthel), 16.

(2) Puschkin, *Eugen Onegin* (Seubert), 3, 12.

cuando se organiza un concierto, es una batahola, una rabia, un barullo, que no eran ciertamente peores en las fiestas de Moloch. En el Requiem de Hector Berlioz deben figurar cincuenta y ocho instrumentos de cobre, seis timbales, diez tambores, cuatro platillos y nueve címbalos; á esto se llama música fúnebre con sordina. Por este sistema pronto tendríamos que emplear para sinfonías de carácter alegre los cañones Krupp y las explosiones de dinamita. Las cantoras de la escuela de Ricardo Wagner lanzan tales gritos, que se teme por sus pulmones al mismo tiempo que por los propios oídos; los coros parecen rabiosos, y el director de orquesta gesticula como Hagen de Tronje en la sala abrasada de Etzel. Quien haya visto al organizador de conciertos, Oberlænders, no podrá menos de decir que el cargo es un poco difícil; pero no negará que esto es verdad y conforme á la época.

Nuestros placeres deben ser, en cuanto sea posible, peligrosos para la vida; si en ellos no se aventura la cabeza, ó cuando menos la fortuna, entonces no tienen atractivo alguno. Carreras, corridas de toros, atravesar el Niágara á nado ó bailar sobre él en una cuerda, apuestas, juegos de azar en que se atraviesan sumas enormes, ascensiones peligrosas y luchas de pilluelos, son casi las únicas cosas que todavía responden á nuestras exigencias. En unión de todo eso van el absintho, el opio y el arsénico.

El espíritu de nuestra civilización se manifiesta hasta en la arquitectura. Ya no se producen las formas finas de un Bramante; todo debe ser abigarrado, confuso, como si un gigante, que se hubiese vuelto loco, juntase en un gran caldero lo que hubiese más incompatible, más informe, torres, puntas, relieves, bloques, estatuas que expresan su descontento, al verse de ese modo tratadas, con los gestos más fieros y las muecas más inconvenientes. Quien pueda, que vaya á Londres para ver la célebre sala árabe de Sir Leighton, y para estudiar en el palacio de Alma Tadema el arte de reunir en el menor espacio posible las formas bizantinas, pompeyanas, japonesas y puramente imaginarias.

En los castillos reales de Baviera, se aprende también á unir con esto el gusto de los tiempos llamados protohistóricos, el más escogido rococo francés, la vida morisca, la magnificencia de la Edad Media y los encantamientos de Venusberg. En resumen, todo debe reunirse para ejercer todavía algún atractivo en nosotros; no obstante eso, nada hay que produzca una impresión duradera.

Los acontecimientos vienen en la medida de lo posible á socorrer las necesidades de nuestros nervios: bastará decir que en pocos años, desde 1859 á 1889, hemos visto asesinar á dos emperadores, un sultán, un príncipe regente y diez presidentes; hemos visto expulsar á dos emperadores y á una reina; hemos visto á cinco emperadores morir de consunción; á dos reyes renunciar voluntariamente la administración del Estado; á un papa, á dos reyes, á algunos sultanes y á cinco príncipes, privados de sus ventajas temporales; al heredero de un trono imperial perecer de un modo horrible, á un rey acabar su vida en las aguas de un lago y á otro caer en la noche de la locura. Los demás acontecimientos respondieron á estos ejemplos; mas para nosotros, todo eso no fué otra cosa que un entreacto pasajero que, durante un momento, dió materia á nuestras conversaciones, y que muy pronto perdió importancia cuando no sirvió ya para tema de murmuración.

**8. ¿De dónde proviene la falta de consistencia y de objeto de la literatura humanista?**—Y ahora ¿qué pensar de estados semejantes? ¿Persistiremos en decir que vivimos en continuo progreso, que hemos llegado á una altura de civilización, que jamás el mundo había conocido antes? Si en épocas pasadas se hubieran registrado tales hechos, ¿cómo las juzgaríamos? Pero si á nuestro respeto humano y á nuestra falta de sinceridad les cuesta mucho manifestar la opinión que nos merecen, ¿qué debemos pensar de aquellos hechos? Nos dicen á voces que es necesario conocer, por los frutos, su esencia; por los fenómenos de la civilización humanista, su espíritu; por la incertidumbre, su carencia de objeto; por la inestabilidad, la in-

quietud, la falta de satisfacción, su ninguna consistencia.

Sin punto de apoyo y sin objeto: tales son las palabras que mejor caracterizan el espíritu del Humanismo y todo su progreso. La razón salta á la vista. Negando seria y solemnemente todo fin superior á la naturaleza, el Humanismo hizo de la carencia de fin su principio fundamental. Concibiendo al hombre exclusivamente como un ser de naturaleza, y tomando además á ésta tal como es; rechazando como un insulto toda idea de que esté corrompida y necesita ser purificada, ser disciplinada, limitada y sometida; la inestabilidad resulta por sí misma.

Las consecuencias tienen que ser las que efectivamente son. Nadie negará al Humanismo que trabajó mucho para hacer surgir de la naturaleza lo que tiene de grande, de bello, de sólido; oro, hierro, bronce; nadie negará su admiración al celo y al arte con que millares de veces formó una estatua de la civilización; pero á nadie sorprenderá que esa estatua se haya quebrado cada vez, como se quebrará siempre; pues tomando la naturaleza y sus dones, tales como los encontraba, inevitablemente introdujo en su obra maestra paja, arcilla y arena. Así, esa cultura no producirá nunca más que un coloso con pies de barro, soberbiamente trabajado en el exterior, pero cuya base y cuyo interior están podridos. Cuanto más alto se levante el edificio, más seguro es su derrumbamiento.

**9. Fracaso de la civilización humanista procedente de falta de amor á la verdad.**—Profunda tristeza causa seguir la historia de la humanidad: tantos cuidados, tantos sacrificios, tanto arte, y ¡que éxito tan lamentable! ¿Qué tesoros de ciencia y de belleza han reunido Babilonia, Memphis, Atenas, Roma, Alejandría, Constantinopla; y, qué ha quedado? En vano se afanan los pueblos; las conquistas de la civilización se convierten en humo, dice el profeta. Si hubiesen previsto eso, ¿no habrían tomado otra dirección? Pero, ¿quién puede asegurarlo con toda certeza? El mundo lo sabe desde hace siglos: la en-

señanza del Cristianismo se lo predijo, y se lo confirma la experiencia de la historia. ¿Cambia de conducta? Debe cada uno aplicarse á sí mismo, como á la humanidad en general, la advertencia de Butler á propósito de Wallenstein: «Fué siempre un gran matemático, sabía calcularlo todo, movía para sus fines á los hombres como las piezas de un ajedrez, no dudaba en jugar con el honor, la buena reputación y la dignidad de los demás. Después de mucho calcular por fin de cuentas se equivocó, habiendo hecho entrar en el cálculo su propia vida». (1)

Cada hombre, cada época y cada civilización sigue, aun con peligro de equivocarse en sus proyectos, comprometiéndose en la pérdida el fruto del trabajo, y aun la vida. Y siempre es así, pero nadie se inquieta por ello. La nueva generación comienza su labor precisamente allí donde se equivocó la generación desaparecida. ¿Y de dónde procede esa ceguera? ¿No tienen ojos los hombres para ver las cosas tales como son? ¿No tienen inteligencia para conocer por los frutos la semilla? Antes de toda reflexión artificial, ¿no les dice su corazón que el espíritu de donde proceden sus esfuerzos no es el verdadero espíritu? Ciertamente que sí. ¿Si á lo menos en ese espíritu hubiese sinceridad! Y, sin embargo, ve la verdad, pero huye de ella; lo que empezó por la negación de la verdad sólo puede ser mejorado por la abnegación, á lo cual no sabe resolverse: de ahí la inquietud, la sobreexcitación, la insensibilidad y por fin la desesperación. No se puede describir el estado del mundo bajo el imperio del Humanismo de un modo mejor que lo hizo la desventurada Luisa Brachmann hablando de su propio estado de ánimo: «Millares de veces deseé no haberle visto jamás; deseé la paz que me hizo perder; y sin embargo, ¡ah! si un dios me ofreciese una vida tranquila y el olvido, mi corazón elegiría su imagen... y la muerte». (2)

En efecto, fué á la muerte llevando en su corazón la

(1) Schiller, *Wallensteins Tod*, 4, 8.

(2) Brachmann, *Geliebte Fesseln* (G. W., 1834, I, 249).

imagen del seductor, que no podía poseer. Sucumbió, porque aspiraba á lo que no podía alcanzar, porque aspiraba á un fin falso, ó que más bien no era un fin. Sucumbió, porque había perdido su punto de apoyo, y éste había desaparecido, porque no tuvo ella ánimos para seguir la verdad que había conocido.

Así es como la más elevada civilización no conduce á nada estable, sino únicamente al error, y á la desilusión, cuando no á la ruina, si le falta el amor á la verdad.